

NEW LEFT REVIEW 121

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2020

EDITORIAL

SUSAN WATKINS La década de la crisis británica 7

ARTÍCULOS

R. TAGGART MURPHY Japón: preservar el privilegio 25

FRANCO MORETTI ¿Alegorizar siempre? 63

MICHAEL BURAWOY Historia de dos marxismos 76

DYLAN RILEY Réplica a Burawoy 113

ZEP KALB Y
MASOUMEH HASHEMI Los Universal Studios
de Teherán 123

CRÍTICA

ROB LUCAS El negocio de la vigilancia 149

EMILIE BICKERTON La Nueva Ola de Hollywood 161

JACOB COLLINS Travesías del Rin 171

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

DYLAN RILEY

¿UTOPIÍA REAL O EMPIRISMO

ABSTRACTO?

Comentario sobre Burawoy y Wright

EN «HISTORIA DE DOS MARXISMOS», su estimulante crítica de la obra de Erik Olin Wright, Michael Burawoy plantea una pregunta decisiva para la izquierda¹. ¿Cuál es la relación existente entre desarrollo capitalista y el proyecto del socialismo? En el esquema marxista clásico, la naturaleza competitiva y no planificada de la inversión capitalista significaba que la sobreproducción industrial provocaría crisis periódicas, quizá cada vez peores. Al mismo tiempo, el capitalismo estaba produciendo una nueva clase, el proletariado industrial, con capacidad para establecer otra forma de producción social basada en la planificación democrática y con un gran interés por hacerlo. El análisis científico del desarrollo capitalista estaba por ello íntimamente ligado al proyecto político socialista. La fábrica, y más tarde la gran empresa, contenía la célula de la futura sociedad planificada, mientras que la clase trabajadora proporcionaba el músculo social para alcanzarla.

El punto fuerte de este análisis siempre ha sido su explicación de los ritmos de la producción capitalista; su punto débil era su sociología de la formación de clase. Como señaló Bernstein en 1899, la sociedad capitalista no produce simplemente polarizaciones de clase, sino también una multitud de posiciones intermedias. Intelectuales posteriores, desde Sorel al «marxismo sociológico» de Wright y Burawoy y otras muchas contribuciones, han reflexionado sobre si esos estratos podían unirse en

¹ Michael Burawoy, «A Tale of Two Marxisms», *NLR* 121, enero-febrero de 2020, pp. 67-98; ed. cast.: «Historia de dos marxismos», *NLR* 121, marzo-abril de 2020, pp. 113-122.

una coalición anticapitalista². Sin embargo, como señala Burawoy, las intervenciones de Wright en esta discusión fueron en parte paradójicas. En vez de producir una nueva síntesis del análisis de clase y la política socialista, las dos delimitaron diferentes fases de su carrera intelectual: durante las décadas de 1970 y 1980, Wright se preocupó de teorías de la clase e investigaciones empíricas de creciente escala y complejidad; durante los siguientes treinta años, sus energías se dedicaron al ambicioso proyecto internacional de *Envisioning Real Utopias* y sus volúmenes satélites. A lo largo de esta «trayectoria» el análisis de clase y las utopías reales no parecían tener mucho que ver.

Esto representa lo que Burawoy identifica correctamente como el problema central de la obra de Wright: el paso «del análisis de clase sin utopía, a la utopía sin análisis de clase»³. Burawoy afirma que lo que falta es «alguna consideración de la dinámica del capitalismo» que le podría haber permitido a Wright conceptualizar los vínculos existentes entre ambos. En su conclusión, Burawoy se interroga por los recursos teóricos que podrían ayudar en la empresa de vincular las «utopías reales» con el capitalismo y sugiere que *The Great Transformation* (1944) de Karl Polanyi podría ser un buen lugar por donde empezar. ¿Cómo deberíamos valorar este análisis? Burawoy tiene toda la razón en su valoración de la cuestión central que plantea el trabajo de Wright –cómo vincular el análisis de clase con la «utopía»– y yo estaría de acuerdo en que la solución se encuentra en un análisis del desarrollo capitalista. Sin embargo, tengo varias dudas sobre su intento de resolver el «rompecabezas» que nos ha dejado Wright. Estas dudas giran alrededor de la conceptualización que hacen Wright y Burawoy de las «utopías reales» y sobre la utilización de Polanyi que hace Burawoy.

¿Cómo de reales?

El primer problema es clarificar exactamente qué se quiere decir con «utopía real»: tanto la naturaleza de su «realidad», como su existencia en tanto que forma social alternativa. Según Burawoy, el término se refiere

² «Marxismo sociológico» fue el término que Burawoy y Wright dieron a su proyecto político e intelectual compartido, iniciado a principios de la década de 2000. Véase la extensa declaración de Michael Burawoy, «For a Sociological Marxism: The Complementary Convergence of Antonio Gramsci and Karl Polanyi», *Politics and Society*, vol. 31, núm. 2, 2003, pp. 193-261.

³ M. Burawoy, «A Tale of Two Marxisms», *NLR* 121, cit., p. 69; «Historia de dos marxismos», *NLR* 121, cit., p. 79.

a las «organizaciones, las instituciones y los movimientos sociales realmente existentes, que funcionan dentro de la sociedad capitalista pero siguen principios anticapitalistas», «fantasías concretas» que ejemplifican la posibilidad de un futuro poscapitalista y que podrían formar la base de un «contramovimiento frente a la mercantilización de todo»⁴. ¿Cómo decidimos si una determinada institución o movimiento social es o no es anticapitalista? Ni Wright ni Burawoy son especialmente explícitos, pero parecen sugerir que cualquier organización que funcione de acuerdo con principios no lucrativos puede describirse como anticapitalista. En la terminología de Wright, eso implica el empoderamiento de lo social; en la de Burawoy, la desmercantilización.

Merece la pena subrayar el modo de conceptualización que se emplea aquí. Tanto para Burawoy como para Wright, el carácter capitalista o anticapitalista de una organización puede definirse en términos de sus «principios». La única institución para la cual ese enfoque es totalmente apropiado es el partido político. Dado que los partidos pretenden utilizar el poder del Estado para alcanzar sus objetivos, se puede aprender algo de ellos estudiando sus programas o «principios». Pero, sorprendentemente, los partidos están mayormente ausentes de la lista de Burawoy de potenciales candidatos para la utopía real y completamente ausentes de la de Wright. Esto resulta especialmente sorprendente en el caso de Burawoy habida cuenta de la centralidad de Gramsci para su comprensión del marxismo; en los *Quaderni del carcere*, este identifica claramente al partido como el agente clave de la transformación socialista⁵.

En cambio, sus análisis de las «utopías reales» están dominados por instituciones ajenas a los partidos. Aquí quedan claros los problemas de su conceptualización. Al extraer los «principios» de Wikipedia, de los presupuestos participativos, de Mondragón o de la universidad, Wright y Burawoy están procediendo de hecho de una manera sumamente abstracta, porque las instituciones «realmente existentes» «existen realmente» en la sociedad capitalista y su carácter capitalista o anticapitalista viene determinado por su relación con el todo del que forman parte. Solamente puede determinarse situándolas en el contexto de la sociedad capitalista y preguntándose si sirven o no para reproducir esa sociedad.

⁴ *Ibid.*, pp. 95-95, 99-100, 105-106.

⁵ Véase A. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Nueva York, 1971, p. 147, donde Gramsci insiste en que el protagonista –el príncipe moderno– toma la forma del partido político; ed. orig.: *Quaderni del carcere* [1975], Turín, 2014; ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, México DF, 1999.

El intento de definir una «utopía real», como quiera que se especifique, abstrayéndola de la idea de la sociedad considerada como un todo, afronta irresolubles dificultades metodológicas. Es una versión de lo que Parsons, siguiendo a Whitehead, llamó «la falacia de la concreción desplazada», o de lo que Lukács denominó «reificación», el proceso de «aislamiento y fragmentación» conceptual del «conjunto de la vida de la sociedad»⁶.

En este caso, el término «utopía real» se aplica a una parte abstracta de la sociedad –una institución– cuando, hablando con propiedad, se refiere a una totalidad de relaciones sociales. Una analogía puede clarificar el problema. Llamar «anticapitalista» a una organización solamente porque no está orientada hacia la obtención de lucro, o porque no funciona en virtud de los principios del mercado, es un poco como llamar «antinaranja» a la piel de la naranja solamente porque es aceitosa y amarga en vez de jugosa y dulce. El error está en aislar las partes cuya relación constituye la cosa a la que nos referimos como «una naranja», cuya piel amarga protege a la jugosa pulpa. De manera similar, los colegios y universidades públicos sin ánimo de lucro, que Burawoy cita, pueden funcionar para reproducir el capitalismo proporcionando un conocimiento gratuito o barato y mano de obra muy cualificada. Entre los ejemplos de Wright, la red de cooperativas Mondragón del País Vasco, aunque imbuida de valores del catolicismo social, se convirtió en una empresa capitalista (con una estructura algo peculiar) por la coacción del mercado⁷. Los presupuestos participativos de Porto Alegre pronto se convirtieron en una cuestión de alcanzar un consentimiento popular democrático para presupuestos municipales limitados. Wikipedia, concebida por el randiano Jimmy Wales, moviliza con éxito un trabajo no remunerado para proporcionar un bien público, pero difícilmente se puede decir que plantee una amenaza a las relaciones de propiedad capitalistas. Todo esto no significa que no haya nada que aprender de estos experimentos a la hora de hacer, gestionar y conocer; todo lo contrario. Pero debemos tener cuidado en no vestirlos de maneras más «anticapitalistas» –más radicalmente prefigurados– de lo que realmente son.

⁶ Véase Talcott Parsons, *The Structure of Social Action: A Study in Social Theory with Special Reference to a Group of Recent European Writers*, Glencoe, 1937, p. 29 [ed. cast.: *Estructura de la acción social*, Madrid, 1968]; y Georg Lukács, *History and Class Consciousness: Studies in Marxist Dialectics*, Cambridge, 1971, p. 91; ed. cast.: *Historia y conciencia de clase*, Buenos Aires, 2009].

⁷ Este punto lo desarrolla claramente Marion Fourcade, «The Socialization of Capitalism or the Neoliberalization of Socialism?», *Socio-Economic Review*, vol. 10, núm. 2, 2012, pp. 369-374, 372.

Esto tiene implicaciones sobre cómo debería conceptualizarse también la utopía. Para ser «real» una utopía debe aproximarse sin duda a una sociedad utópica, a un sistema total de producción y reproducción alternativo. Desde luego, pocos de los más famosos experimentos utópicos –las misiones jesuitas en Paraguay del siglo XVII, los asentamientos owenitas y fourieristas del siglo XIX– estuvieron totalmente desenganchados de las relaciones sociales de su época; sin embargo, algunos alcanzaron cierto grado de autonomía. ¿A dónde más podemos mirar para encontrar evidencias de ordenamientos sociales no capitalistas? Aquí los sociólogos afrontan un exceso exuberante de recursos, un enorme y todavía mayormente inexplorado terreno de conocimiento sobre maneras alternativas de organizar la existencia humana: ciudades Estado y repúblicas antiguas y de los inicios de los tiempos modernos, sistemas políticos y comunas indígenas, comunidades agrarias del siglo XIX en la frontera estadounidense; las múltiples formas del socialismo de Estado. Ninguna de ellas es un ejemplo que podríamos imitar, pero son casos de prácticas sociales reales de las que puede aprenderse mucho.

Si el programa de las utopías reales quiere tomarse en serio su realismo, necesitará una sociología comparativa e histórica de las *sociedades* no capitalistas. Esto es lo que vincula el proyecto a las grandes ambiciones de la sociología clásica, especialmente a las de Weber. Más que otros fundadores de la sociología, fue él quien entendió la auténtica variedad de tipos sociales y, consecuentemente, el carácter sumamente peculiar del capitalismo moderno. Las utopías reales deberían empezar por demostrar mediante un análisis comparativo e histórico que el capitalismo es solamente una posible configuración de la sociedad humana y que probablemente no sea más inmortal que cualquiera de las demás.

Las lagunas de Polanyi

Aunque Burawoy tenga razón al sostener que el vínculo conceptual existente entre el análisis de clase y el socialismo, o «las utopías reales», debería buscarse en la dinámica del desarrollo capitalista, resulta menos evidente que la obra de Polanyi sea el lugar al que dirigirse⁸. Escrita

⁸ Políticamente, como mejor se describe *The Great Transformation* es como un intento imaginativo y ambicioso de proporcionar un fundamento sociohistórico para la combinación que hace Polanyi del cristianismo, la política de los frentes populares y el socialismo gremial, apuntando tanto a economistas liberales como marxistas; esta perspectiva de no quedarse con ninguno ayuda a explicar su atractivo actual para el mundo académico anglosajón

a finales de la década de 1930 y principios de la siguiente, exiliado de una Europa convulsionada por el terror nazi, *The Great Transformation* pretendía proporcionar una explicación concebida en términos de *longue durée* de las crisis de la década de 1930, efectuando una convincente apelación a las necesidades sociales humanas. La amplia perspectiva de Polanyi consideraba que el desarrollo económico desde principios del siglo XIX hasta la década de 1920 representaba una larga ola de mercantilización: ahora, el mercado autorregulado, que la política económica liberal había desencadenado imprudentemente amenazaba –con el derrumbe financiero y la Gran Depresión– con aniquilar a la «sociedad»⁹. La incesante búsqueda de beneficios por parte del mercado absorbió a los factores tradicionales de producción –tierra, trabajo, dinero– convirtiéndolos en mercancías. Sin embargo, Polanyi sostenía que estas no eran mercancías verdaderas, sino «ficticias», ya que no habían sido producidas con el propósito de someterlas al intercambio y su mercantilización corría el riesgo de socavar su reproductibilidad. Las turbulencias creadas por esta transformación histórica de las relaciones económicas tradicionales –recíprocas y personales– produjo a continuación los contramovimientos de la década de 1930 –el *New Deal* en Estados Unidos, la Rusia soviética, los fascismos italiano y alemán–, que pretendían, cada uno a su manera, reintegrar las relaciones económicas de nuevo en la sociedad, lo cual constituía una necesidad si la humanidad quería evitar el «colapso de la civilización»¹⁰. El proyecto político de Polanyi buscaba construir una forma democrático-socialista de esa reintegración, para la que vio signos esperanzadores en Roosevelt y Stalin.

El conjunto de mercancías ficticias definido por Polanyi permite un elegante y efectivo marco metafórico aplicable a un abanico casi infinito de situaciones históricas. La «tierra» puede interpretarse como prados cerrados, terrenos urbanos, arenas alquitranadas, la naturaleza en general o el Antropoceno. El «dinero» se puede referir al patrón oro, al bimetalismo, al dólar fiduciario, a las permutas de cobertura por incumplimientos crediticios, al salario mínimo o a la deuda estudiantil. El «trabajo» puede señalar a los campesinos desposeídos, al trabajo artístico, a la servidumbre, a los sindicatos, a la fuerza de trabajo (como capacidad humana) o, como en la reproducción social, al ingrato trabajo doméstico, al parto o a hacer la compra. Más recientemente, el «conocimiento» se ha añadido

⁹ Karl Polanyi, *The Great Transformation* [1944], Boston (MA), 1958, p. 249; ed. cast.: *La gran transformación*, Barcelona, 2016.

¹⁰ Véase Gareth Dale, *Karl Polanyi: A Life on the Left*, Nueva York, 2016, p. 126.

como una cuarta mercancía ficticia formada por datos digitalizados, registros financieros personales, etcétera. Las categorías de *The Great Transformation* han demostrado ser tan amplias y polivalentes que los neopolanyianos podrían estar tentados a pensar que han sido liberados de realizar cualquier pesado trabajo conceptual y pueden simplemente rellenar las casillas del maestro. Desde luego, como veremos, ese no es el caso de Burawoy.

Como muchos polanyianos de nuestros días, Burawoy abandona discretamente gran parte del relato de Polanyi. Su préstamo, que se pone en marcha para «apropiarse y reconstruir» *The Great Transformation*, descarta el argumento central de Polanyi de que la mercantilización fue impulsada por las políticas económicas liberales y prescinde, más o menos, de sus categorías clave, el «mercado» y la «sociedad». En la reinterpretación de Burawoy, la única ola de mercantilización de Polanyi se sustituye por tres largas olas de desarrollo capitalista –básicamente el periodo posterior a las Guerras napoleónicas durante el siglo XIX, la *belle époque* del periodo de entreguerras y el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial– cada una de las cuales engendra una crisis de sobreproducción. Esas crisis «provocan» una ola de mercantilización como una solución (temporal) capitalista, ampliando o profundizando la mercantilización de mercancías ficticias a través de nuevos actos de desposesión. Para Burawoy, cada ola de mercantilización se centra alrededor de una determinada «mercancía ficticia»; las últimas iteraciones son la financiarización, el cambio climático, la migración del trabajo y los flujos globales de datos. Estas desposesiones a su vez «provocan» nuevos contramovimientos –locales, nacionales o globales–, cuyos agentes incluyen clases (campesinos, trabajadores asalariados), pero también coaliciones entre clases y grupos definidos por su posición en las relaciones raciales o de género. Como él mismo señala, que estos movimientos resulten ser anticapitalistas o no es otra cuestión.

Las reelaboraciones de Burawoy contribuyen en gran medida a enriquecer *The Great Transformation* como análisis del desarrollo capitalista, vinculándolo, potencialmente, a un proyecto socialista. Pero no pueden compensar por completo los vacíos conceptuales del análisis de Polanyi. El primero de ellos es su falta de atención al tema de la producción. El fenómeno específicamente capitalista de la inversión competitiva en tecnología para ahorrar mano de obra y aumentar el *output* por unidad de tiempo de trabajo, estimulada por la necesidad de recortar costes para

umentar la participación en el mercado, no desempeña ningún papel en el relato que hace Polanyi de la crisis. Sin embargo, el problema de sobreproducción a escala global —especialmente grave desde la década de 1920 en adelante, a medida que las potencias capitalistas se recuperaban de la Primera Guerra Mundial y exacerbada por sus «grilletes de oro»— fue un factor fundamental en la crisis financiera y la Gran Depresión. Polanyi nunca entendió por completo que la hiperproductividad del capitalismo, no su modo de integración económica, era la causa de su tendencia hacia las crisis. Burawoy se da cuenta de esto; en su análisis, la sobreproducción está en la raíz de las crisis de rentabilidad del capitalismo para las que la mercantilización es una respuesta. Sin embargo, sorprendentemente, nunca propone una estrategia política centrada en la producción: por ejemplo, reemplazar la anarquía de los capitales privados competitivos por una inversión determinada por la necesidad social. En vez de la socialización de la producción, él pide la desmercantilización, lo cual aborda un síntoma de la crisis del capitalismo, no su causa.

Un segundo problema es la relativa falta de atención de Polanyi hacia la clase y la ideología. En *The Great Transformation*, la clase aparece como la simple expresión de un interés económico común; los mundos de vida culturales aparecen solamente a escala de la sociedad considerada en su conjunto. El conflicto central no se producía entre el capital y el trabajo, sino entre la «sociedad», concebida como una unidad orgánica, y el «mercado». Esto ayuda a aclarar por qué Polanyi fue incapaz de explicar la razón por la que los contramovimientos que describía tomaban formas políticas tan radicalmente diferentes. El *New Deal* de Roosevelt era esencialmente un proyecto de recuperación capitalista; la Rusia soviética era un programa colectivista de industrialización realizado a una velocidad vertiginosa por medio de la expropiación coercitiva; el proyecto nazi era un intento reaccionario de romper los lazos geopolíticos del dominio inglés del orden mundial. Realmente, Polanyi rechazó específicamente el intento de adscribir «cualquier preferencia por el socialismo o el nacionalismo» a «intereses concertados», es decir, de clase. El fascismo, producto de una lucha de clases e internacionales muy específicas, le parecía como «una reacción emocional casi instantánea de toda comunidad industrial»¹¹. Desde luego, Burawoy no se identifica con nada de esto, pero tampoco adelanta ninguna explicación independiente de la diferente coloración política de los contramovimientos de derechas e

¹¹ K. Polanyi, *The Great Transformation*, cit., pp. 141-142, 145, 238-239.

izquierdas. En vez de ello, recurre al concepto de Gramsci de contrahegemonía como un *deus ex machina* que convierte la desmercantilización en un movimiento socialista¹². Pero, ¿en qué medida puede aplicarse esta idea –fundamentada en una comprensión histórica de la experiencia y la ideología de clase– a un mundo cuya única división es entre «sociedad» y «mercado»?

Una tercera ausencia en *The Great Transformation* es el sistema internacional de Estados. A pesar de tener una biografía llamativamente cosmopolita (Budapest, Viena, Londres, Vermont, Ontario), el mundo de la geopolítica –y especialmente de los imperialismos rivales– quedaba fuera de la comprensión intelectual de Polanyi¹³. Aparte de unas cuantas observaciones sobre la política del patrón oro, su obra magna no tiene nada que decir sobre la cuestión. La Primera Guerra Mundial le sacudió como «un golpe inesperado», como revelan sus debates con Lukács¹⁴. Después de mostrarse hostil hacia los bolcheviques, saludó el giro de la URSS hacia una geopolítica conservadora en la década de 1930, que culminó con la supresión de Stalin de cualquier intento revolucionario en España¹⁵. La perspectiva político-mundial era prácticamente una perfecta inversión de la de la Nueva Izquierda. Mientras que este movimiento pretendía superar la esterilidad de la Guerra Fría recuperando la política revolucionaria de las décadas de 1910 y 1920, Polanyi combinaba una adulación acrítica de los mastodontes estadounidense y soviético con una actitud burlescamente despectiva hacia los «viejos bolcheviques».

¿Y Marx?

En resumen, aunque estoy de acuerdo con Burawoy en la necesidad de una teoría del desarrollo capitalista, la idea de que Polanyi sea la mejor fuente para hacerlo me resulta desconcertante. ¿Qué pasa con Marx?

¹² M. Burawoy, «A Tale of Two Marxisms», cit., pp. 93-94; «Historia de dos marxismos», *NLR* 121, cit., p. 106-107.

¹³ Aquí no estoy de acuerdo con la afirmación de Burawoy en «For a Sociological Marxism», cit., p. 239, de que «aquí Polanyi tiene más que ofrecer que Gramsci, que permanece firmemente anclado en el Estado-nación. Por el contrario, Gramsci interpretó el periodo de entreguerras por analogía con la era napoleónica en la que la política de cada Estado nacional debe entenderse no solo en términos de su propia lucha de clases, sino también en términos de su posición frente al poder revolucionario: Francia en el siglo XIX; implícitamente Rusia en el XX. Véase A. Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, cit., pp. 119-120.

¹⁴ G. Dale, *Karl Polanyi: A Life on the Left*, cit., p. 65.

¹⁵ *Ibid.*, p. 181.

Para Burawoy, la clásica «alergia» del marxismo hacia el pensamiento utópico se toma al pie de la letra, mientras que *Socialismo utópico y científico* de Engels es «cautivador», pero está «equivocado»¹⁶. Aquí, la sorprendente omisión es la *Crítica del programa de Gotha* de Marx, que probablemente supera a *Envisioning Real Utopias* de Wright en su concreción. La gran ventaja del planteamiento de Marx era que definía el socialismo como un tipo de sociedad: una sociedad en la que el modelo de inversión del excedente social lo determinaban las decisiones democráticas en vez de las decisiones de individuos privados tomadas para aumentar sus tasas de rentabilidad. Sin duda, el esbozo de Marx plantea tantas preguntas como las que contesta. ¿Qué tipos de conflictos sistémicos surgirían aquí? ¿Habría algún impulso hacia la mejora de las fuerzas de producción? ¿Importaría si no lo hubiera? Pero estas preguntas implican relaciones y elecciones concretas, en vez de abstracciones como «institución anticapitalista» o «contramovimiento».

Esto nos lleva a hacer una simple pregunta. ¿Cuál es el propósito de describir de nuevo el proyecto socialista en unos términos que de manera confusa lo equiparan con una variedad de instituciones y resultados patentemente no socialistas, solo porque parecen ser de alguna manera tangibles? El problema del socialismo no me parece que sea de falta de visión; el objetivo es la emancipación humana en todas sus dimensiones, como lo ha sido desde el comienzo. El problema es político: la necesidad de una voluntad colectiva. Describir de nuevo las instituciones actuales como si fueran «parcialmente socialistas» solo tiene una función soporífera. Los socialistas estarían mejor atendidos, desde mi punto de vista, si se les facilitara una completa investigación de los recursos de sus oponentes y un infatigable análisis de los eslabones débiles del sistema. Me parece que esa es la manera más útil de honrar la memoria de Erik Olin Wright.

¹⁶M. Burawoy, «A Tale of Two Marxisms», *NLR* 121, cit., pp. 83-84; «Historia de dos marxismos», *NLR* 121, cit., p. 94-96.